

justo que trateis á vuestros enemigos como el mismo Dios os trata á vosotros? vosotros sois enemigos de Dios, y por esto deja Dios de derramar sobre vosotros á manos llenas innumerables beneficios? Luego es preciso perdonar á los enemigos, amarlos, y amarlos con un amor sincero; y ved aquí las señales y la necesidad de este amor. Este no es un entusiasmo de un orador; es una verdad fundada en todos los cánones y principios de la Religión.

¿Todavía no os rendís, vengativos? ¡oh! vosotros que os creéis con poder para restringir la ley segun vuestro capricho; ¿todavía estáis indecisos? Al salir de este discurso de paz, y de este lugar de reconciliacion, ¿aun no ireis á anticiparos y abrazar á esa persona que vuestra indiferencia evita, y vuestra frialdad excusa tratar? id, pues, y proseguid perdonándola, y no amándola; pero antes de tomar vuestro partido, oid los terribles anatemas que tengo orden de intimaros, y mirad bajo qué penas está impuesto el precepto de amar á los enemigos. Si hay alguno de estos en el mundo á quien vosotros no mireis como á vuestro hermano en Jesucristo, ya no hay Padre para vosotros en el cielo: si en sus necesidades urgentes ya no halla en vosotros un amigo que le socorra, vuestro Salvador ya no será Salvador para vosotros en las graves necesidades de vuestra salvacion: si vosotros cortais el trato con vuestro enemigo, el Espíritu Santo renuncia todo enlace y comunicacion con vosotros: si os negais á ver á vuestro enemigo, el Señor consiente para siempre el privaros de su amable

presencia: las cátedras evangélicas solo están hechas para condenaros: los tribunales ya no se abrirán para absolveros: el cordero sin mancha ya no se inmolará sobre los altares para santificaros: vosotros mismos os excomulgareis del Sacramento adorable, y á pesar vuestro todas las veces que receis la oracion comun de los fieles pronunciareis vuestra condenacion, y consentireis vuestra reprobacion aceptando lo que hay de mas funesto é infeliz en la condenacion eterna.

Pero no, Dios mio, vos habeis puesto vuestra propia gloria en perdonar al pecador, y nosotros pondremos la nuestra en perdonar á nuestro prójimo. Recibid, Señor, este sacrificio &c.

SERMON

PARA LA DOMINICA PRIMERA DE CUARESMA.

~~~~~

IDEA. SOBRE LA PALABRA DE DIOS.

*Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei* (Matth. 4. v. 4.)

No nos admiremos de tan pomposas expresiones, que caracterizan tan singularmente la palabra de Dios. Aquella palabra, cuya eficacia compara David á un trueno capaz de asustar á todos los hombres, á un viento impetuoso que desarraiga los mas altos cedros del Líbano, á un fuego devorador de cuya actividad nada se libra; aquella palabra eterna, en fin, que está en

Dios, y que es la misma que os anunciamos, dice el Padre San Agustin, ¿quién podrá darse por desentendido de su soberana autoridad? ella es tan sublime, que apenas hay semejanzas que Jesucristo no haya empleado para manifestarnos su gran virtud. Ya dice que es una espada sagrada que separa al padre del hijo, y al esposo de la esposa: que cautiva todo espíritu bajo el yugo de la fe, que sujeta á los Césares, triunfa de los prudentes y sabios, y levanta los estandartes de la Cruz sobre las ruinas de los ídolos é imperios: ya dice que es un divino fuego resparcido en un instante por toda la tierra, que deshace las montañas, despuebla las ciudades, y puebla los desiertos: ya que es una levadura misteriosa, que une toda la masa, que confunde la distincion de judío y de gentil, de griego y de bárbaro, y dá á todos el mismo ser. Pero en el presente Evangelio la compara Jesucristo al pan que sirve de sustento al hombre. Con esto nos quiere enseñar que la palabra evangélica es un sustento muy sólido, nocivo muchas veces á las almas que le reciben con corazon enfermo, y útil solamente á las que vienen á oirla con un corazon bien dispuesto. Segun esto, ¿qué cosa puedo yo hacer mejor, que averiguar la funesta causa de la formidable esterilidad de la palabra de Dios? Yo creo haberla hallado en la negligencia de los oyentes, y ved ya todo el plan de mi discurso. Voy á reprender á los que con vanos pretextos dejan de oír la palabra de Dios: primera parte. Voy á corregir á los que por sus malas disposiciones no sacan fruto de la que oyen

con frecuencia: segunda parte. Mas claro: la palabra de Dios no fructifica, porque unos se dispensan de oirla, y otros la oyen mal.

### PRIMERA PARTE.

Prevalece en el mundo una ilusion demasiado grosera; y es, que aunque sentados en las sombras de la ignorancia, creen muchos que están suficientemente instruidos sobre sus obligaciones, y que sobra la instruccion. ¿Estais instruidos? quiero creerlo; ¿pero ignorais que el tiempo borra las ideas mas profundas, si uno se descuida en conservarlas? ¡Ay Dios! si un Jeremías, á quien Dios tocó con su mano para instruirle; si un David que meditaba dia y noche la ley del Señor; si un Pablo que fue arrebatado hasta el tercer cielo para oír palabras inefables, me dijeran que sabian bastante, admiraria á estos grandes hombres; pero que vosotros os supongais bastante instruidos sin el socorro de nuestro ministerio, vosotros que no conoceis sino por el nombre el Testamento que nos asegura la herencia de nuestro Padre; esto es lo que me pasma. Venid al monte santo del Señor, y á la casa de Jacob, que aquí se os enseñará á ir por los caminos de la ley: además, la divina palabra no solo está ordenada para enseñar lo que no se sabe, sino tambien para radicar lo que se sabe.

Reconoced ahora la ilusion de vuestros pretextos, corazones cobardes y negligentes. Jerusalem no conoció el tiempo de su visita, y esto

fue el origen de su perdicion: la predicacion que omitis hoy el oirla, puede ser que sea aquella en la que estribe vuestra salvacion: no se pretende quitaros un tiempo absolutamente necesario; hay ciertos negocios indispensables, y estos no se pueden omitir; pero dispensarse sin necesidad ni justo motivo de oír la palabra de Dios, ¿creeis será permitido? Apenas hay quien emplee una hora para aprender á ser cristiano, dice un Padre de la Iglesia; se mira como una obligacion abrumadora el ir á instruirse en lo que se debe á la Religion, y no se perdonan vigiliias para servir al mundo.

Pero hay tantos sermones, y tantos predicadores, que esto se ha hecho ya gravoso. Frívola excusa. Si nosotros tenemos tambien la dicha de lograr en estos tiempos Natanes sabios, que por medio de amonestaciones parabólicas trabajen para hacer que los pecadores vuelvan sobre sí; tenemos Crisóstomos que derraman lágrimas sobre setenta mil cristianos reprobados, que temen tener por oyentes, entre los cuales apenas se atreven á esperar que haya diez escogidos; y pluguiese al Cielo que viesen todos los dias estremecer esa falsa constancia con esos estallidos de rayo. ¿Hay tantos sermones! ¿y porque el mal espíritu de Saul os atormente, es preciso que os negueis á dar oído al sonido encantador de la harpa de David; y porque la gracia os solicita con la voz de tantos Juanes Bautistas, ha de ser preciso que seais de la raza de las vívoras endureciendo vuestro corazón? Pero ¡ah! tal vez estareis diciendo que los predicadores ahora no son santos; no so-

mos santos. ¡Ay de mí! Infelices, nosotros si merecemos nos hagais reprension tan terrible. Si hubiera tomado á mi cargo la apologia de los ministros evangélicos, puede ser que hiciera ver que la preocupacion, la malignidad y la envidia entran demasiadas veces á la parte en los juicios que se hacen de ellos; pero como yo solo defiendo la causa de Dios, solamente sostendré, que sean los predicadores cuales fuesen, son ministros del Altísimo, y depositarios de su ley. ¿Qué misterios no predijo el impío Balaan? ¿Qué verdades no predicó el pérfido Judas? La eficacia de la palabra divina tiene muy poco que ver en el mérito del predicador.

Lo que hace el ministerio evangélico tan difícil es, que nosotros no subimos á los púlpitos cristianos sino para decir á los hombres lo que ellos no aman; se nos acusa de que abultamos las verdades de la Religion, y llevamos muy lejos la moral de Jesucristo. ¡Ay Dios mio! cuánto debemos temer lo contrario. Pues qué, ¿las verdades del Señor no son bastante terribles por sí mismas, sin que tengan necesidad los ministros de exagerar su severidad? ¿luego Pablo exageraba cuando el Procónsul temblaba al oírle hablar del Juicio? ¿luego el Bautista exageraba cuando iban en tropas los judíos á las riberas del Jordan para que les bautizase? ¿Luego Jesucristo exageraba cuando Mateo y los republicanos dejaban sus bancos de trato para seguirle? Sí, nosotros os decimos con san Pablo, no os anunciamos las verdades de la salvacion con el espíritu de la lisonja; la dureza y severidad que nos re-

prendeis; halla su justificación en la casi ninguna mudanza que vemos en vuestras costumbres. ¿Somos nosotros duros? vosotros nos precisais á serlo. ¿Cómo quereis que nos portemos? las leyes no se dan ya á entender; las costumbres levantan ya mucho mas la voz que las reglas; el hábito de pecar ha hecho á muchos mas duros que el pedernal; todo esto pide alguna cosa punzante que haga despertar del letargo. Para contentar á ciertos espíritus delicados, que á causa de nuestra severidad no vendrán á oír nuestros discursos, será preciso que la palabra santa sea en nuestra boca un dulce céfiro, encanto melodioso, y una palabra sin fuerza; ¡eh! Eso es hacer la mayor injuria al ministerio.

En estos tiempos desgraciados, en los que la depravacion de las costumbres se muestra con la cabeza levantada, seria preciso pedirle al Cielo que enviase á Elías, y hombres animados del espíritu de los antiguos Profetas y de los Apóstoles: hijos del trueno, predicadores cuyas palabras, como el Señor lo dice de la suya, habian de ser fuego que consume, y martillo que hace pedazos las piedras; seria preciso pedir ministros á los que hubiera dado Dios su voz: aquella voz que hace estremecer los desiertos de Cadés, y que bate los altos cedros del Líbano. En vano, pues, pretextais frívolas excusas para no oír la palabra de Dios: si este maná precioso, del que tan voluntariamente os privais, se hubiera enviado á aquellas ovejas descarriadas de la casa de Israel, ¡cómo ellas lo mirarian con otros ojos que vosotros! Ni importa el oír la palabra de Dios con

frecuencia: para que fructifique es preciso disposicion; si en vosotros es estéril, es porque no estais dispuestos.

## SEGUNDA PARTE.

Si es verdad lo que dice San Agustin, que la palabra que os anunciamos no es menos digna que el cuerpo de Jesucristo, ¿con qué disposiciones no debeis asistir á nuestros discursos? con el mismo respeto con que debeis ir á los pies de los altares, cuando teneis la dicha de recibir el cuerpo de Jesucristo. Ahora bien, si cada uno estuviera bien convencido de esta verdad, ¿veriamos á vosotros mismos asistir á nuestros discursos sin respeto, sin reverencia, sin atencion y sin modestia? ¿Qué amargura no derramais sobre nuestro ministerio, cuando notamos en vosotros un espíritu volátil é inconstante, que se derrama á gusto de vuestro genio ó humor, y por donde quiera que lo lleva el capricho: un espíritu indiferente que todo lo oye, digámoslo así, sin entender nada de lo que se dice: un espíritu atado por un sueño voluntario, en el que quedan los sentidos profundamente adormecidos?

Preciso será que os advierta el Profeta vuestra sordera, y os diga: oid sordos: preciso será que hablandoos como á muertos, os diga aquellas palabras de Ezequiel: huesos desecados, oid la palabra de Dios. Será preciso que Jesucristo mismo os grite del propio modo que á su amigo Lázaro: sal de tu sepulcro.

¿Cuáles son las disposiciones mas comunes

con que venís á oír nuestras predicaciones? Unos vienen con espíritu de crítica y de censura, otros por costumbre y por bien parecer; son muy pocos aquellos á quienes lleva á oírnos la religion y la piedad; y el venir á oír la palabra de Dios, no es un acto de religion para el mayor número: con semejantes disposiciones, ¿qué fruto podéis prometeros? ¿cómo queréis que la palabra Divina vaya á desenvolveros y arrancaros de la chusma de los pecadores, para moveros sobre todo, cuando siguiendo un cierto torrente, no venís al sermón sino para ver y ser vistos? Aquí se viene con el lujo mas soberbio y mas refinado; aquí en vez de disponer el espíritu con recogimiento esperando al predicador, estais disipados y divertidos.

Podria quejarme ahora, en nombre de todos los oradores cristianos, de no hallar en nuestros oyentes, en vez de discípulos dóciles, sino censores severos, observadores malignos de nuestra doctrina, y alguna vez enemigos declarados de nuestras personas; pero yo no impugnaré ahora sino á los oyentes curiosos que se jactan de ingeniosos, y de gentes de gusto delicado. Personas que vienen á oír nuestros discursos, no para rendirse á la verdad, sino para censurar los defectos, para criticar ó aplaudir, para elogiar ó vituperar. Personas muy semejantes á aquellas de quienes decia el Señor á Ezequiel: Las asambleas de Sion vociferan tus alabanzas; los hijos de Israel aplauden por todas partes tus raros talentos. Vamos, dicen, á oír al Profeta; veamos como se desempeña: ansiosos de no perder cosa alguna de tus discursos, se avanzan á ocupar los primeros

asientos. El sonido melodioso de tu voz, la novedad de tus frases, lo florido de tu lenguaje, lisonjean agradablemente sus oídos, y te granjean sus votos. En cuanto á lo demás, añade el Señor, escuchan tus predicaciones para entretenerse, pero no para convertirse. Conoceos por estos rasgos, curiosos de nuestro siglo.

Al ver esa confusion de cristianos que sitian el auditorio de un predicador de fama, no os engañeis sobre el motivo que os lleva á oírle: su conducta lo da bastante á conocer; van solo en busca de lisonjear los sentidos; la voz, la acción, lo culto del lenguaje, la nobleza de la expresión, la fineza de los pensamientos; esto es lo que los atrae á nuestros sermones, lo que les divierte, y lo que les satisface: será en vano procurar descubrir todos los vicios secretos, que con tantos cendales sabe encubrir el amor propio; ese amor propio, que es el que origina esta vana curiosidad, y que es uno de los mas poderosos impedimentos para que fructifique la divina palabra.

Confesemos tambien que es manía singular de casi todos los hombres el vituperar en los predicadores la severidad de una moral que de ningún modo es obra suya. Tambien se acusa al predicador de que es laxo y benigno en sus decisiones, que al parecer son á un mismo tiempo débiles para los que no les toca, y demasiado exageradas para los que necesitan de ellas; esto es, que quisieran que el predicador fuera inexorable con los defectos de los otros, y fácil y dulce para las culpas propias. Si el orador combate directamente vuestra pasión dominante, entonces

decis al predicador como el pueblo de Dios decia á los Profetas: decidnos cosas mas agradables y menos duras. ¡Ay señores! en vista de vuestra ninguna disposicion para escuchar la divina palabra, temed oir de la boca del Señor lo que dijo antiguamente: Betzaida y Corozain, desgraciadas de vosotras: Tiro, Sidon y aun Sodoma serán tratados con mas benignidad en el juicio; esto lo decia el Señor viendo el poco fruto de su palabra. ¡Ah! nueva Corozain: España. La semilla de la divina palabra se derrama abundantísimamente en tu recinto; pero al paso que se prodiga se pisa. ¡Ah! La amenaza de Dios por un Profeta: yo enviaré á la tierra una hambre; esto es, que aquella voz que grite inútilmente en medio de vosotros, finalmente callará: esta espantosa prediccion de Amós sobre los judíos, ha tenido y tendrá su cumplimiento sobre nosotros.

¿Qué voz se oye ya en aquellas antiguas Basílicas por donde corrian en otro tiempo los rios de oro de la elocuencia de los Basilio, de los Crisóstomos y Agustinos? ¿qué bellas provincias y florecientes imperios se han separado de la Religion! ¿no estamos ya viendo muy de cerca las señales de aquellos dias aciagos que predijo el Apóstol, en los que no se podrá tolerar la sana doctrina? ¿aquellos dias en los que cada uno, dejándose arrastrar de sus pasiones, no querrá oir sino maestros agradables y lisonjeros, que solo adulen sus oidos? ¿aquellos dias en los que se cerrarán los oidos á la verdad, en los que no se querrán oir sino fábulas para nutrir la imaginacion y el espíritu? ¿y estando tan cerca estas

señales estará muy léjos el azote? Señor y Dios mio, suspended todavía vuestro rayo, detened la tempestad que va á caer sobre nosotros.

Empleemos para conclusion de este discurso las palabras que San Pablo dirigia á los Galatas: yo temo, decia el Apóstol, que he trabajado inútilmente entre vosotros. Señor, bien lo sabeis que no son las fatigas de nuestro ministerio, ni menos el trabajo, el que nos aqueja y asusta: seremos demasiado felices en extenuar nuestra salud y nuestras fuerzas por nuestros oyentes: nosotros estariamos prontos, como vuestro Apóstol, para hacernos anatema en favor de nuestros hermanos; pero lo que nos descontenta es el poco fruto que se saca de nuestra palabra.

Numerad si podeis cuántos predicadores habeis oido, y considerad cuál ha sido el fruto. ¿Estais menos asidos al mundo que á vosotros mismos? ¿sois menos idólatras de los vanos honores? ¿están los pobres mas socorridos? ¿los Sacramentos son mas dignamente frecuentados? ¡ah! ¿qué cuenta tan grande dareis á Dios de las gracias que os ofrece por medio de la predicacion! Obra es vuestra, Señor y Dios mio, el dar fuerza á vuestra palabra; haced sensible á vuestro pueblo, para que la palabra que le anunciamos sea palabra de vida eterna.